

Trash, el monstruo de la basura

M. Eloísa Caro Durán

Cristina Vaquero

WEEBLEBOOKS



**Este libro se ha realizado gracias al
patrocinio de Urbaser S.A.**



<https://www.urbaser.com>

WEEBLEBOOKS

© 2019

Autora: M. Eloísa Caro Durán
Ilustraciones: Cristina Vaquero
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, octubre 2019



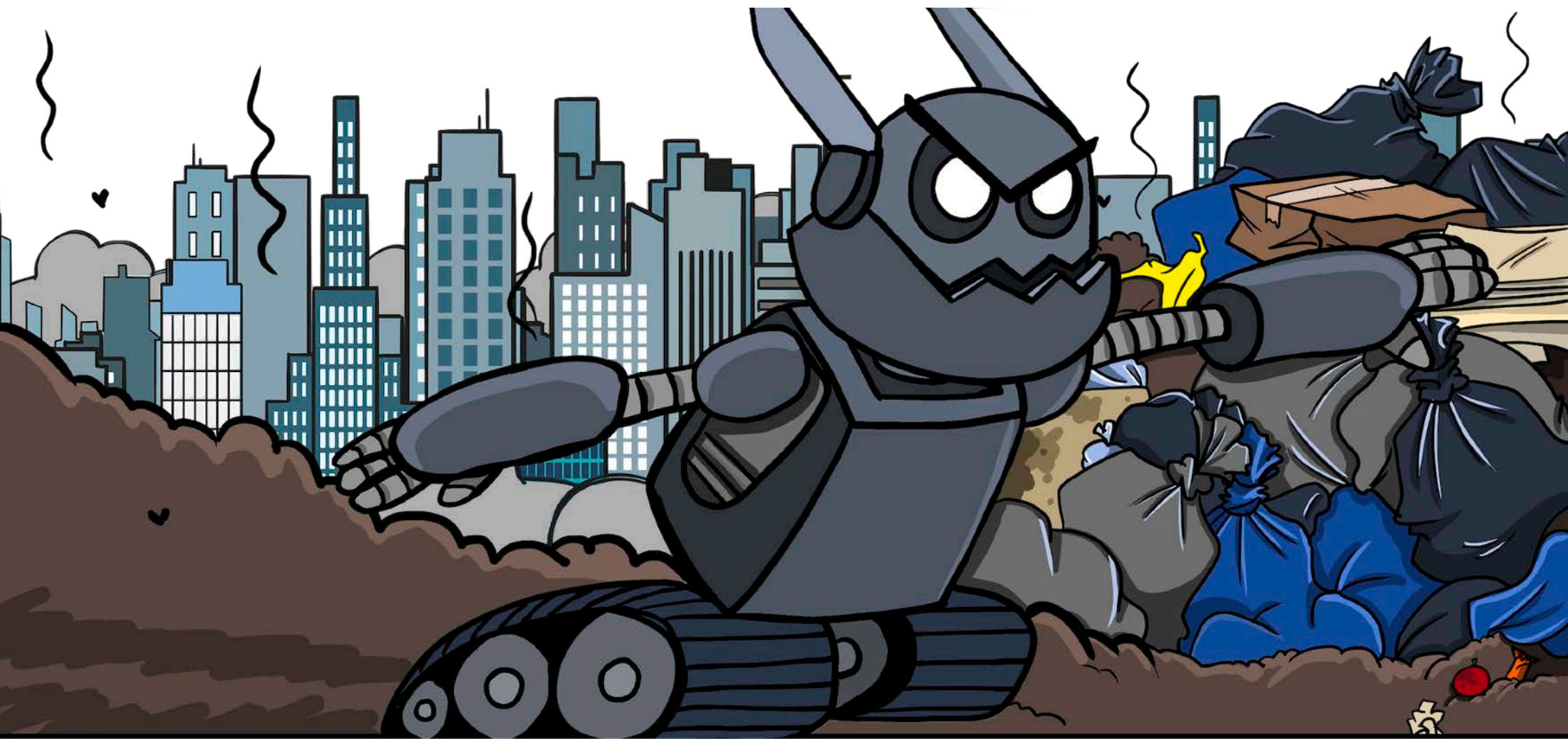
Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

En Urbaser trabajamos cada día para mejorar la calidad de vida de las personas a través de servicios eficientes, innovadores y responsables.

En ese sentido, y enmarcado en nuestra Política de Acción Social, llevamos a cabo iniciativas de sensibilización ambiental como este libro, con el que buscamos que los más pequeños aprendan la importancia de mantener las ciudades limpias y conozcan la labor que desempeñan las personas que hay detrás de esta tarea.

Queremos concienciar sobre las 3R (reducir, reutilizar y reciclar) y trasladar el mensaje de que, entre todos, podemos cuidar el medio ambiente ahora y en el futuro.

Trash, el monstruo de la basura



Urbaclín era la ciudad más limpia del mundo.

En sus calles olía a pino, a escarcha y a helado de vainilla. Toda la basura que generaban sus habitantes se transformaba, a través de varias plantas de reciclaje, en nuevos objetos y en parte de la energía que necesitaban para poner en marcha la ciudad.

Pero de la noche a la mañana, algo inesperado sucedió. La vida en Urbaclín parecía haberse detenido, los vehículos no circulaban por sus calles por falta de combustible, los semáforos permanecían apagados porque no les llegaba la energía. Las calles estaban tan sucias que hasta las ratas se empachaban con la basura amontonada en cualquier lugar. El aire era irrespirable y olía a estiércol, a desechos putrefactos y a bomba fétida caducada.



Ante aquella situación de emergencia, Marta, una chica de más o menos tu edad, convocó a sus amigos en el parque de los toboganes sin fin.

Antes de comenzar, resopló, y su flequillo moreno, liso y perfectamente recortado en línea recta, se descolocó por un instante para luego volver a ocupar su sitio.

—Tengo algo muy importante que decirles —y sin más palabras y ante el asombro de sus amigos, dijo—:

el monstruo de la basura, Trash, ha llegado a la ciudad.

Sobre el sillín de su bicicleta roja, Rodri escuchaba atento; el helado que sostenía entre las manos comenzó a derretirse y por su piel negra serpentearon surcos blancos con sabor a nata.

—¡Oh, es él quien ha transformado la ciudad! —exclamó René mientras se ataba los cordones de sus zapatillas rosas.



—Es cierto, todo está muy sucio —añadió Rubén, sin dejar de morderse su bocadillo.

—Sí, el suelo está lleno de papeles, bolsas y colillas, pero lo peor es que no hay barrenderos, todos han desaparecido —añadió Marta.

—Oh, es cierto, ¿y dónde están? —preguntó Rodri, que siempre andaba despistado y temía haberse perdido algo.

—El monstruo de la basura los tiene retenidos, a ellos y a todos los demás trabajadores de la limpieza, los operarios de las plantas de reciclaje, los conductores de camiones de basura...

—¿Estás segura? —preguntó Rubén.





—No tengo la menor duda, anoche pude verlo: caminaba triunfante entre la basura, lanzaba latas vacías contra los árboles, lechugas podridas a los gatos que se atrevían a pasear por los tejados e incluso pañales usados a un indefenso perro vagabundo. Fue algo espantoso.

—¿Y cuál es su aspecto? ¿Es tan siniestro como imaginamos?

—preguntó René.

—Es mucho más tétrico y horripilante —respondió Marta—. Es un inmenso y perverso mecano negro chirriante, con ojos blancos, pequeños y centelleantes que se alimenta de basura.

—¡Oh! —exclamaron todos a la vez.

—Entonces, cuanta más basura haya, mejor para él, dedujo Rodri.

—Eso es.

—¡Qué malvado!

—¡Tenemos que salvar la ciudad! —dijo Marta.

—¡De acuerdo! —respondieron los tres.

Marta creyó haberlos convencido de que la ciudad estaba en peligro y de que su papel era fundamental; sin embargo, cada uno de sus amigos se unió a la causa por motivos un tanto peculiares, aunque no por ello menos válidos.

—A mí no me gusta caminar, y si hay tanta basura acumulada los autobuses no podrán circular —dijo Rodri.

—Tampoco habrá energía para el calentador y yo odio ducharme con agua fría —apuntó Rubén.

—Mi madre no me deja salir sin esta horrible mascarilla —dijo René, mostrándola tímidamente desde el bolsillo de su pantalón.

Tras aquellos evidentes datos, el comando antiTrash quedó constituido.





Reducir

Una vez aprobaron la constitución del comando, los valientes jóvenes se preguntaron qué podrían hacer ante la amenaza de Trash.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Rubén.

—Pues se me ocurre que **lo primero que debemos hacer es intentar reducir la basura**, porque no sabemos cuánto tiempo estaremos sin los trabajadores de la limpieza —explicó Marta.

—¿Y cómo conseguiremos reducir basura? —preguntó Rubén.

—Pues consumiendo menos, únicamente lo necesario —respondió Marta.

A Rodri no le gustó demasiado la idea porque le encantaba comer pipas, y mucho se temía que aquel producto no estaba dentro de lo necesario.

Marta les explicó detalladamente su plan, y a René le encantó la idea.

Pasaron por la casa de cada uno de ellos y recogieron el material que precisaban. En la habitación de René montaron el taller donde lo prepararon todo para llevar a cabo la campaña, que llamaron «¿Seguro que lo necesitas?».

—Ha quedado genial, tal y como lo habíamos diseñado —dijo René totalmente satisfecha con el resultado.

A la mañana siguiente, cargaron unas enormes mochilas que repartieron entre ellos por igual y se dirigieron al centro comercial más concurrido de la ciudad, donde cada uno optó por una tienda. Marta entró en el supermercado y enseguida eligió su objetivo: una señora corpulenta cuya cabeza parecía un nido de cigüeña gigante, que arrastraba los pies al caminar y empujaba el carro con las manos sudorosas.



La señora del cabello esponjoso se detuvo frente a las botellas de agua, eligió un paquete y lo echó en el carro. Inmediatamente, Marta le dijo:

—¿Seguro que lo necesita? Puede utilizar el agua del grifo, así no tendrá que desechar las botellas.

La señora del cabello esponjoso le lanzó una mirada interrogante y, sin entender muy bien por qué había invadido su espacio y por qué se dirigía a ella, le dedicó una sonrisa forzada y continuó con su compra.

El siguiente pasillo parecía su favorito; comenzó a oler los suavizantes de la ropa uno tras otro, el de rosas, el de flores del bosque..., hasta que Marta le dijo:

—Ese producto tampoco es necesario.



La señora del cabello esponjoso comenzó a enfadarse. ¿Por qué la perseguía aquella joven que además se atrevía a recriminarle cuanto hacía?

—¿Por qué me persigues? —le preguntó.

—No la persigo, sólo asesoramos sobre cómo reducir el consumo. Así reduciremos la basura y estaremos más cerca de vencer a Trash, el monstruo de la basura.

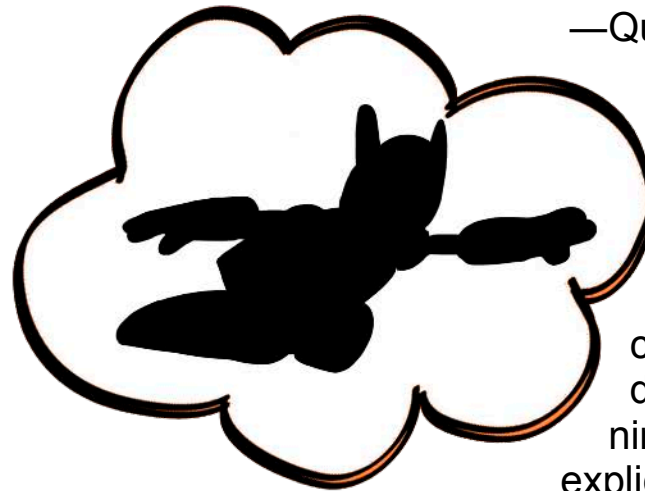
—Qué monstruo ni qué tontería, ¿os habéis vuelto locos?

—Han desaparecido los barrenderos y...

—Efectivamente, pero ya hay un comité de investigadores que tratan de averiguar qué ha sucedido. No hay ningún monstruo, tendrá una explicación razonable. Probablemente estarán enfadados porque mocosos como vosotros no paráis de arrojar papeles al suelo.

La señora del cabello esponjoso soltó los botes, frunció las cejas y, dándole la espalda, continuó.

Marta había ganado su primera batalla, el bote permaneció en la estantería, aunque a duras penas porque, con tanta furia, casi la derriba por completo.



De nuevo Marta siguió poniendo a prueba la paciencia de la señora.

La señora del cabello esponjoso se detuvo ante el estante de las legumbres y se dispuso a coger lentejas y judías, pero Marta gritó, asustándola:

— Nooo, es mejor cogerlas a granel, así no tendrá que desechar los envases.

La señora del cabello esponjoso cogió aire y, desesperada, se sentó en el suelo a punto de que le diera un patatús de la irritación que tenía.

Pero antes de que pudiera reaccionar, Marta sacó de su enorme mochila varias bolsas de tela de diferentes tamaños y colores elaboradas con ropa usada y que les habían quedado preciosas.

—Tome, se las regalo. Las pequeñas son para las legumbres a granel y las más grandes para el resto de la compra, así no tendrá que utilizar bolsas de plástico. Ya sabe, es uno de los peores residuos que existen. En nuestros océanos hay más bolsas que peces. Las bolsas de plástico sólo las usará unos minutos y en cambio tardarán quinientos años en descomponerse. Imagínese, si el monstruo sigue mucho tiempo por aquí, terminaremos asfixiados por bolsas de plástico.



La señora del cabello esponjoso abrió los ojos sorprendida y cambió el gesto de enfado por una ligera mueca de conformidad. Lo cierto es que le habían fascinado aquellas bolsas tan originales y divertidas. Se fue encantada y, por supuesto, desde entonces siempre las llevaba en sus compras. Es más, rebuscó la ropa que ya no usaba y elaboró nuevas bolsas que regaló a sus amigas.

René, Rodri y Rubén también abordaron a los clientes de otras tiendas con la frase de su campaña, «¿Seguro que lo necesita?». Y, de igual modo, se enfrentaron a compradores difíciles, a quienes también les apasionaron las bolsas de tela. La campaña había sido un éxito y estaban muy contentos por ello.

—¡Bien, lo hemos conseguido!



Reutilizar

Unos días después, el grupo de chicas y chicos volvieron a juntarse para idear otro plan. Había que seguir luchando contra Trash.

—Bueno, bueno, hemos dado un paso importante, pero no es suficiente —dijo Marta interrumpiendo las celebraciones de sus amigos.

—¿Cómo que no? —preguntó Rodri con un gesto de contrariedad.

—Hemos reducido mucho la basura, pero Trash aún está fuerte. Se me ha ocurrido otra nueva fórmula para que la basura no aumente más; **debemos reutilizar lo que ya tenemos.**

Marta les explicó en qué consistiría aquella segunda campaña y todos estuvieron de acuerdo. Además le pusieron un nombre a la campaña, «Dale una segunda vida a tus objetos».

—¡Sí, vamos a salvar la ciudad! —gritaron.



Al día siguiente, los cuatro amigos se presentaron en su colegio. Aunque aquél no iba a ser un día cualquiera de clase; sin duda, resultaría mucho más entretenido.

El comando antiTrash reunió a sus compañeros en el patio para plantearles un reto. Marta se subió a un banco, pero había tal alboroto que era imposible hacerse oír. Así pues, su amigo Rubén, el más fortachón de clase, cogió un bloque de piedra y lo colocó encima del banco: a esa altura Marta ya era bien visible y comenzó a hablarles a todos.



—Tenemos que acabar con Trash.

—Sí, sí, sí —respondieron todos entusiasmados.

—Propongo que a lo largo del día cada uno de vosotros le dé una segunda vida a un objeto que ya no utilicéis.

—De esta forma habrá menos basura y estaremos debilitando al monstruo.

A los alumnos les pareció una magnífica idea y enseguida se pusieron a ello.

Buscaron por todos los rincones de la escuela objetos que ya no se utilizaban y cuyo próximo destino sería la basura.

Las aulas se convirtieron en improvisados talleres de manualidades donde los niños pusieron en marcha su imaginación.

René disfrutó mucho junto a los chicos de 4.º B transformando las teclas de un ordenador abandonado en bonitas gomas para el pelo que, por supuesto, pintó de color rosa a juego con sus zapatillas.

Al atardecer sonó el timbre que anunciaba el fin del tiempo establecido y los alumnos se reunieron en el salón de actos para presentar sus innovadoras creaciones.



El comando antiTrash se colocó esta vez en la tarima del salón con una mesa traída de un aula. Marta, expectante, apoyó los brazos sobre la mesa y sujetó con las dos manos sus mofletes siempre sonrientes esperando las creaciones de todos. Cada uno de los alumnos fue acercándose a la mesa con su objeto reutilizado.

Mario, uno de los alumnos mayores, había cogido una vieja memoria de un ordenador antiguo de la sala de profesores y la había transformado en un curioso buzón.

Raúl hizo de una bicicleta inservible, olvidada en un rincón del polideportivo, **un vistoso macetero.**

Unas viejas escaleras de madera abandonadas en el jardín sirvieron a Carlos para transformarlas en **una práctica estantería.**

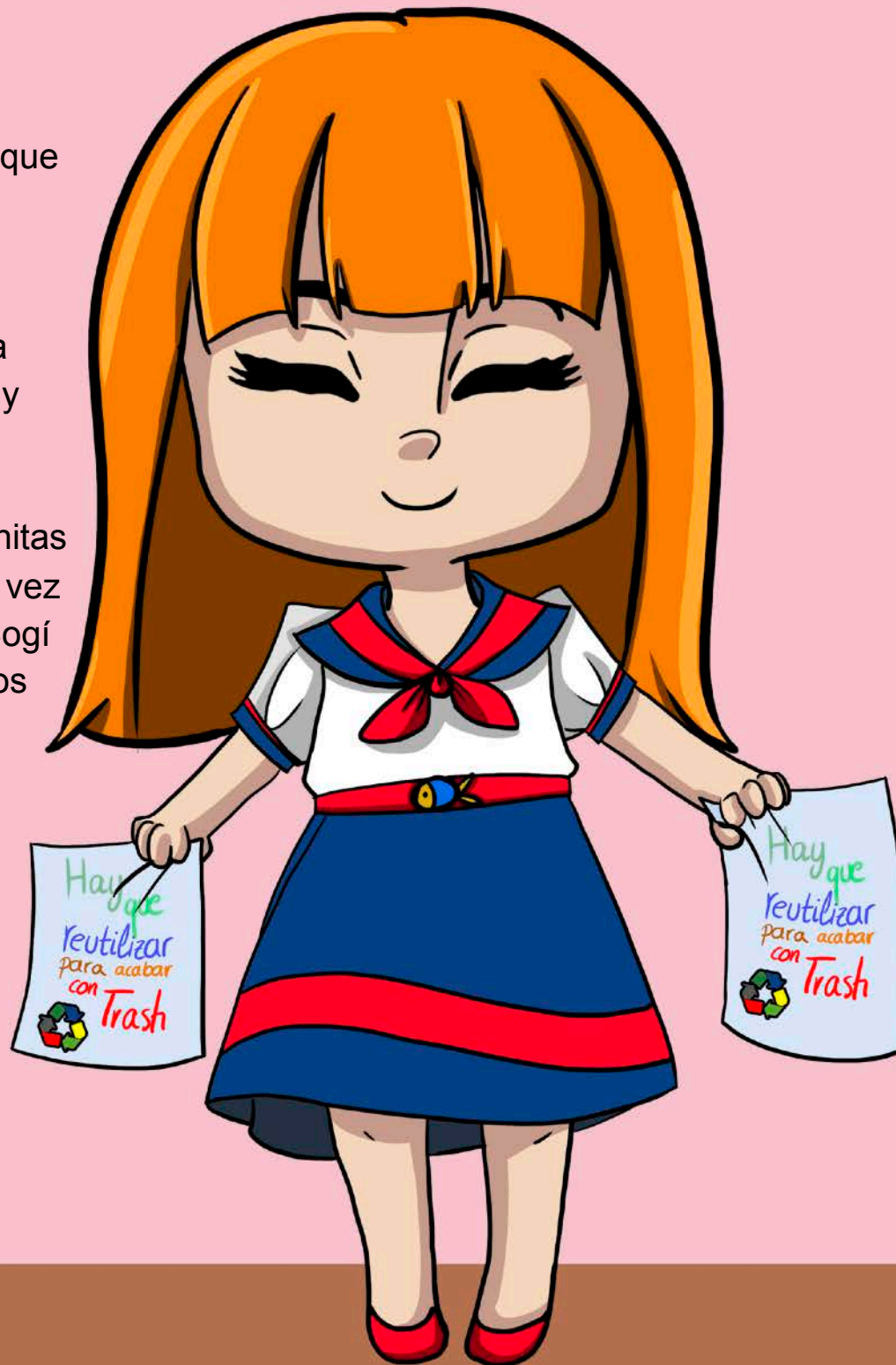
Julián y María elaboraron **varios juegos de cubiletes con botellas y latas.**



Se presentaron ideas geniales que dejaron a todos sorprendidos, aunque aún faltaba lo mejor.

En último lugar subió Blanca, la niña más pequeña del colegio, y con cierta timidez dijo:

—Yo no sé hacer cosas tan bonitas como éstas, pero pensé que tal vez podría ayudar de esta forma. Cogí de la papelería estos folios en los que sólo había escrito varios números en los extremos y he diseñado estos carteles para colgarlos en los tableros de anuncios de la ciudad.



Blanca había dibujado círculos, triángulos y cuadrados de vivos colores, y en el centro se podía leer una frase escrita con la letra de una niña que comienza a escribir:

“Hay que reutilizar para acabar con Trash”.

Sus compañeros se levantaron de los asientos y comenzaron a aplaudir.

Blanca no sabía por qué lo hacían, lo cierto es que había trabajado mucho más espectacularmente que el suyo. Con cara de asombro escuchó las palabras de Marta, intentando encontrar una respuesta.



—Muy bien, pequeña Blanca; además de los interesantes carteles que nos serán de mucha ayuda, has reutilizado algo tan fundamental como el papel.

No debemos tirar los folios con un insignificante apunte.

Seguro que habrá espacio para incluir la lista de la compra, para resolver un problema de matemáticas, para dibujar el mar, para escribir un poema o para hacer un cartel como el tuyo. Y es más, después de todos esos usos, aún los podríamos transformar en una caja, un sobre o un abanico. Por último, en nuestras plantas de reciclaje le volveremos a dar otra vida como papel o como cartón, y de este modo no habrá que cortar nuevos árboles que podrán seguir viviendo para oxigenar el aire que respiramos.

RECICLA



Aquellas palabras, junto a un interminable aplauso, se convirtieron en un premio improvisado que, curiosamente, había recaído en la reutilización más sencilla, pero tan importante como las demás.



Marta y sus amigos repitieron la jornada en todos los colegios de la ciudad y cada niño extendió la campaña entre sus padres y familiares.

Tras el éxito obtenido en el colegio, el comando anti-Trash fue por el barrio enseñando y convenciendo a sus vecinos para que reutilizaran sus trastos viejos y no los desecharan, evitando así comprar otros nuevos. El éxito fue inmediato, y eso les motivó a seguir en su lucha contra el monstruo de la basura.



Cada objeto que se reutilizaba en Urbacón irritaba más y más a Trash. Y cada vez estaba más enfadado, en especial con el comando de chicos y chicas que había organizado este movimiento ciudadano.



Reciclar

Tras otra semana ayudando a reutilizar todas las cosas que encontraban, Marta se dio cuenta de que todavía les faltaba algo más para derrotar definitivamente a Trash, así que volvió a reunir al comando para hablarles:

—Lo primero que quiero es felicitaros por el buen trabajo de nuestra segunda campaña «Dale una segunda vida a tus objetos» —empezó Marta.

—¡Sííí, ha sido todo un éxito! —exclamó René.

—Sí, hemos dado otro paso importante, pero aún no es suficiente —afirmó Marta.

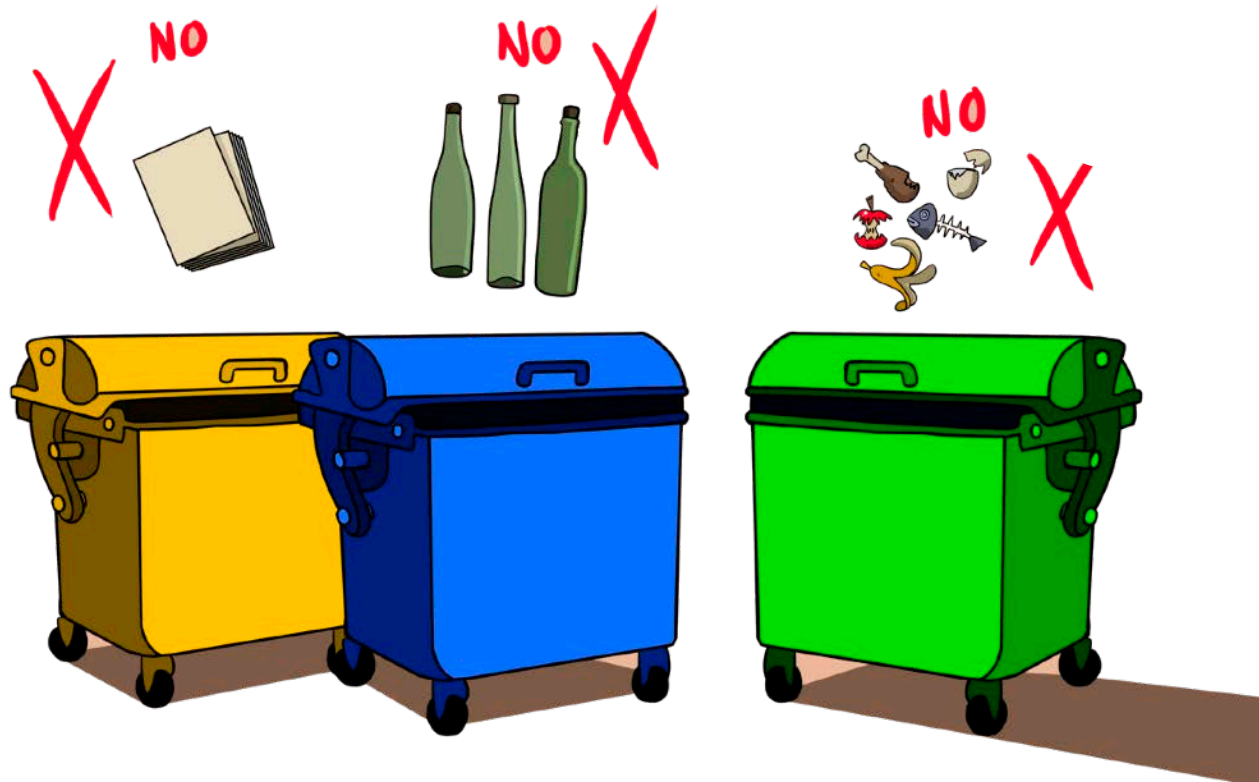
—¿Cómo que no? —replicó esta vez Rubén.

—Aún hay otra cosa que tenemos que hacer. Ya sabéis que cada vez que alguien se confunde al reciclar le está dando fuerza a Trash, viene a ser como si recargara sus baterías;

por ello debemos hacer una campaña más, la del reciclaje.

Hay muchas personas que aún no saben reciclar y se me ha ocurrido una divertida forma de solucionarlo.

—¡Sí, vamos a salvar la ciudad! —gritaron al unísono René, Rubén y Rodri.





Los cuatro amigos se dirigieron a la plaza más amplia de Urbaclín. Prepararon todo cuanto necesitaban y comenzaron a desafiar a quien pasaba por allí. Los mayores pronto cayeron en su meditada trampa.

—¿Que le damos vida al monstruo si reciclamos mal? ¿Pero de qué monstruo habláis? —replicó una señora con voz chillona y ojos saltones.

—¿Y cómo que no sabemos reciclar? —añadió un señor enchaquetado que se atrevió a improvisar una clase de reciclaje en medio de la plaza, rodeado de fieles seguidores—. En el contenedor amarillo van los brik, latas y plásticos; en el verde, las botellas de vidrio; en el azul, los papeles y el cartón; en el rojo, basura peligrosa como pinturas o productos químicos; en el marrón, lo orgánico como restos de fruta, y en el gris todos los demás desechos.

—¡Eso es! —aplaudieron con entusiasmo los asistentes.

—Aunque hay que tener cuidado —continuó Marta—, porque en otras ciudades los colores de los contenedores son diferentes. Hay que estar bien informado y leer bien las etiquetas de cada contenedor antes de depositar un objeto en él, sobre todo si estás fuera de tu ciudad.



Marta continuó explicando por qué Urbaclín había sido durante mucho tiempo una de las ciudades más limpias del país.

—Urbaclín es la ciudad más limpia del mundo, nos han dado varios premios por ello —recalcó un señor calvo—. Así pues, estáis muy equivocados, mequetrefes.

—De acuerdo, si ustedes lo tienen tan claro no les importará participar en nuestro juego para demostrarlo —dijo Marta.

Las personas que se encontraban en la plaza aceptaron. Cada uno cogió una caja de cartón, y con ella tenían que pasar por un circuito y recoger la basura que había esparcida según el color de reciclaje de su caja: azul, amarilla y verde.



Los primeros tres participantes realizaron el recorrido muy rápido y cuando terminaron mostraron sus cajas convencidos y seguros de que lo habían hecho perfectamente.

Primero fue el turno del señor enchaquetado.

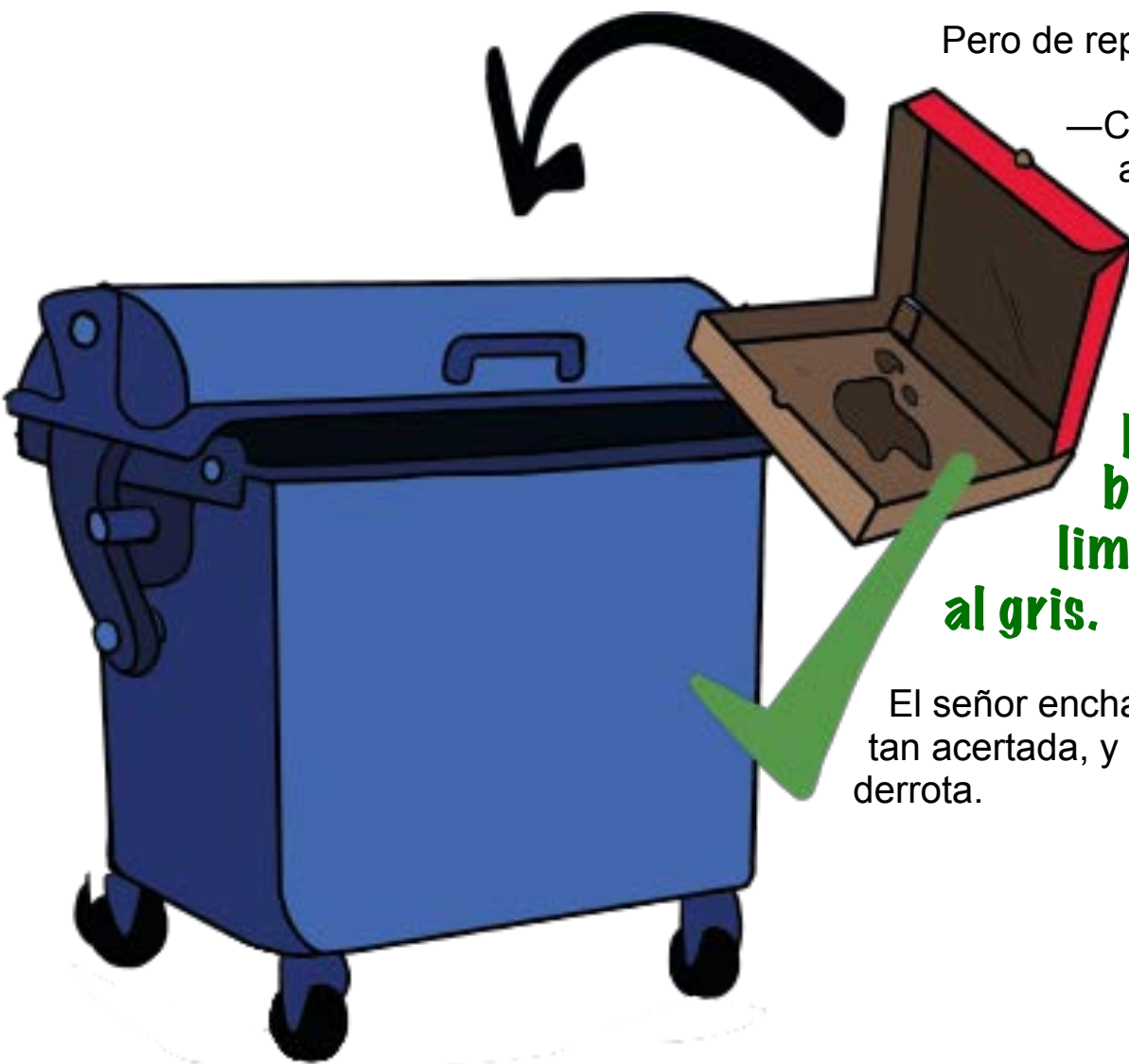
—Un sobre de papel, bien; una caja de cereales, bien —fue diciendo Marta, que actuó como jurado principal de aquel improvisado tribunal, mientras mostraba los artículos que había incluido en su **caja de color azul**.

Pero de repente un rotundo y sonoro “Nooo” silenció la plaza.

—Cómo que no —replicó desafiante el jugador del color azul.

—Esta caja de pizza está completamente manchada de aceite y, por lo tanto, debe ir al contenedor gris, o bien debe recortar la pequeña zona limpia, que irá al azul, y la zona manchada al gris.

El señor enchaquetado quedó sorprendido ante aquella explicación tan acertada, y no le quedó otra opción que mirar al suelo y aceptar su derrota.



La siguiente fue la señora con voz chillona cuya **caja era de color verde.**

—Una botella de cerveza, bien; una botella de leche, bien —confirmaba Marta, a la vez que lo sacaba de la caja.

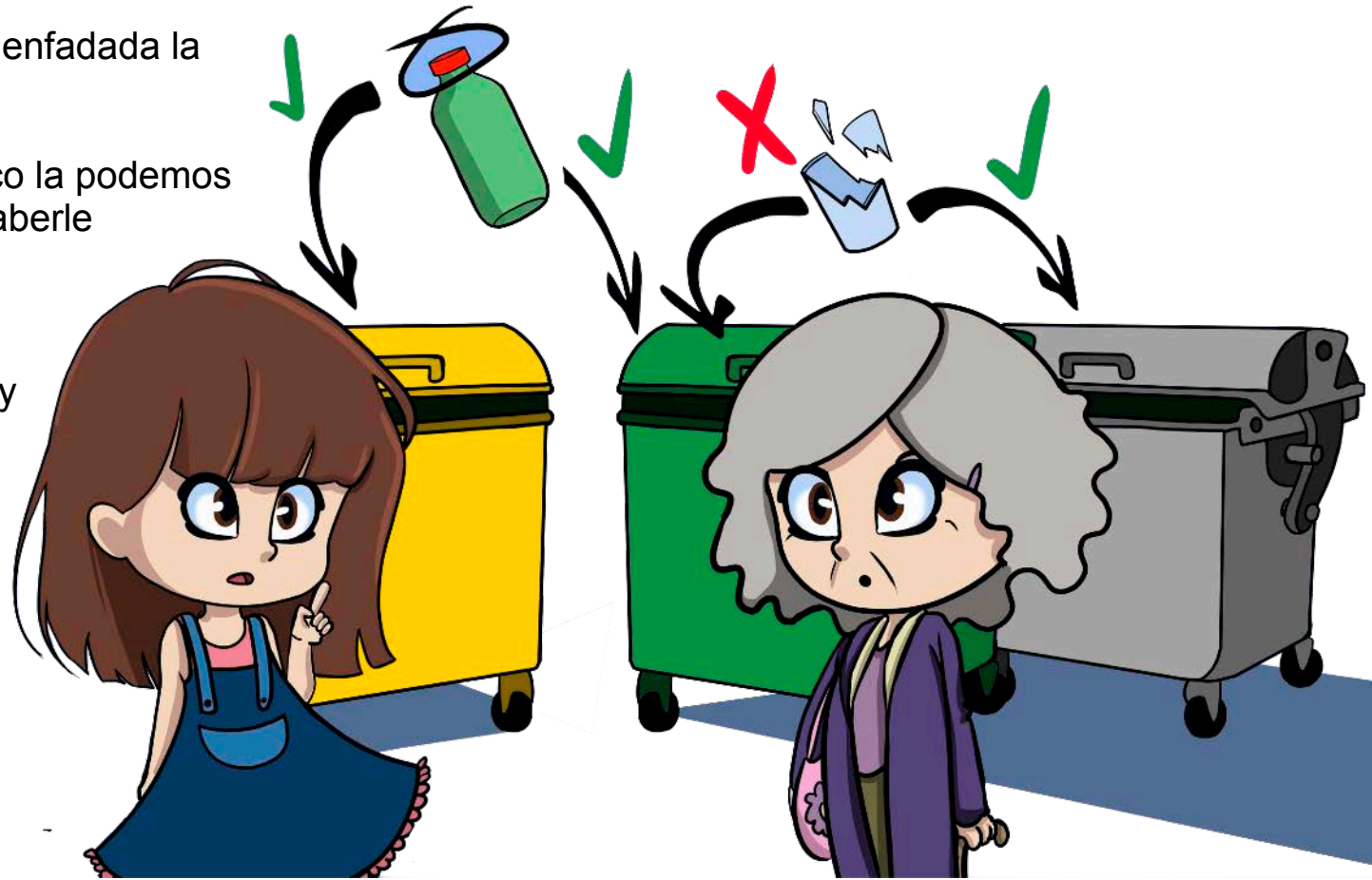
Y de pronto un “Nooo” resonó de nuevo en la plaza.

—Este vaso roto no va en el contenedor del vidrio, sino en el gris.

—Oh, ¿cómo que no? —replicó enfadada la señora.

—Y es más, esta botella tampoco la podemos dar por válida porque debería haberle quitado el tapón, que es de otro material.

La señora se revolvió enfadada y le costó un buen ratito aceptar que había perdido el reto.

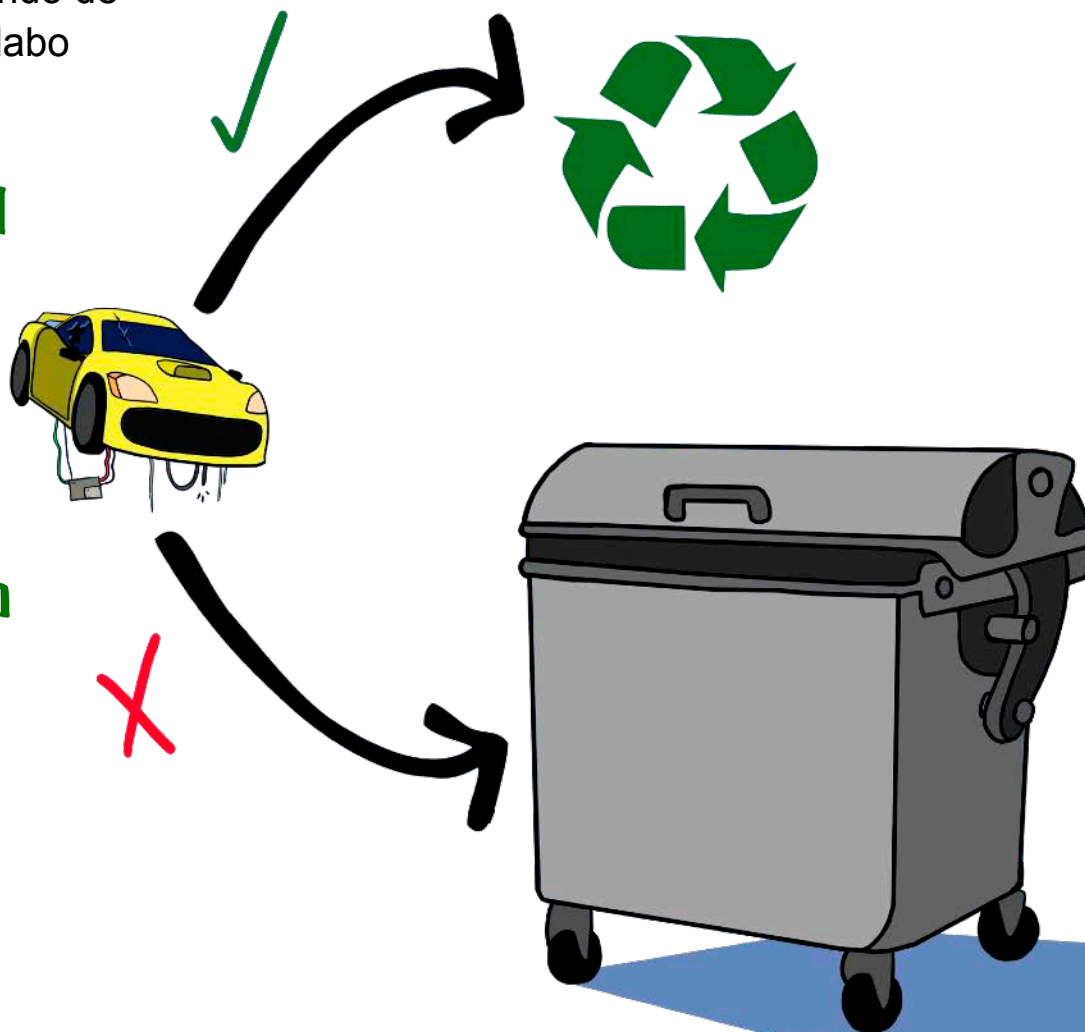


Por último, examinaron **la caja amarilla** del señor calvo, que sonreía y se frotaba las manos viéndose ganador.

—Un brik de zumo, bien; una botella de agua, bien; una bolsa de plástico, bien.

El señor calvo sonreía engreído, cuando de pronto Marta lanzó el temido monosílabo mostrando un juguete de plástico.

—Nooo, es incorrecto. En el interior hay un pequeño motor que es de metal, y, por lo tanto, debe ir al punto limpio más cercano para que se le pueda dar un tratamiento específico.



Se generó una discusión acalorada en la que cada uno de los presentes daba su opinión, pero, finalmente, los mayores no tuvieron más remedio que aceptar su evidente y estrepitosa derrota.

Los cuatro amigos continuaron todo el día con el desafío y, a pesar del mal perder de los jugadores, resultó muy divertido. Sobre todo porque, al menos por una vez, los mayores no llevaban la razón.

—¡Bien, ha sido todo un éxito! —dijo René—. Yo creo que los mayores al fin han aprendido a reciclar correctamente, ja, ja, ja.





El plan de Celia

Marta sabía que aquellos triunfos no eran suficientes y al día siguiente convocó de nuevo a sus amigos en el parque de los toboganes sin fin.

—Con las campañas de las 3R que hemos realizado, «Reducir, Reutilizar, Reciclar», hemos conseguido frenar la basura y, lo más importante, debilitar enormemente a Trash. Pero anoche, mientras todos dormían, lo vi de nuevo, y no podéis ni siquiera imaginar lo que hacía: ponía los contenedores boca abajo y mezclaba la basura ya reciclada. Por lo tanto, es cuestión de tiempo que vuelva a hacerse fuerte y a recorrer incluso otras ciudades buscando más y más basura hasta apoderarse de todo el país. Y lo que es peor, aún no ha devuelto a los limpiadores; por ello tenemos que enfrentarnos directamente a él.

—¿Y qué pretendes que hagamos? Eso es una locura, Trash es mucho más poderoso que nosotros y...

René todavía no había terminado de responder cuando Rodri le interrumpió y exclamó, señalando hacia la fuente de la sirena:

—¡Mirad, una barrendera!

—¡No puede ser! —dijo Marta sorprendida.

Se trataba de Celia, la joven y menuda barrendera del barrio, enfundada en su característico mono verde de faena. Era muda, pero ambas se entendían perfectamente, ya que Marta conocía bastante bien el lenguaje de signos que utilizan para comunicarse.

Se saludaron desde lejos. Celia dejó a un lado el carro y la escoba y le dijo en su lenguaje de signos:

—He conseguido escapar de Trash, pero lo más importante es que he averiguado cuál es su punto débil y sé cómo podemos vencerle.

—¡Oh, eso es fantástico! —dijo Marta.



Enseguida se lo transmitió a sus amigos, que las miraban escépticos.

—Es sólo una barrendera, ella no cuenta —dijo Rubén.

—¿Por qué no? —respondió Marta enfadada—. ¿Cómo puedes decir eso? Es una persona como las demás, una gran profesional que cada día deja las calles limpias; ya habéis visto lo que ocurre sin los barrenderos, con ellos comienza esa gran cadena de la limpieza y el reciclaje. Además, es mi amiga y estoy segura de que ella sabe lo que debemos hacer.

—Así es —dijo Celia en lenguaje de signos—. Tengo un plan, pero necesitamos la máxima ayuda posible.

Marta, que no escatimaba esfuerzos, reclutó uno a uno a casi todos los niños del barrio; cogió un megáfono y los convocó en una de las plazas próximas, junto a una de las naves más grandes de reciclaje.

Prácticamente nadie se quedó en casa, y niños y niñas de todas las edades fueron entrando en la inmensa nave para escuchar lo que les iba a contar Marta.





Rodri tenía una tarea importante: cada vez que alguien salía o entraba abría la puerta unos milímetros, el resto del tiempo las puertas debían permanecer completamente cerradas. Lo que allí estaba sucediendo era un gran secreto. Nadie podía dar pista alguna, era fundamental que ni un solo detalle llegase a oídos de Trash.

Después de varios días de misterio, con niños y niñas entrando y saliendo de la nave sigilosamente, todo estaba preparado para que las puertas se abriesen de par en par.

Pero cuando llegó la hora, se presentó un contratiempo inesperado. Rodri, el encargado de las puertas, había perdido las llaves.

—Pero ¿cómo puedes ser tan despistado? Piensa bien dónde las dejaste la última vez —le decían todos.

Rodri se sentía muy presionado, todos le miraban a él, estaban impacientes por abrir. Comenzaron una exhaustiva búsqueda y, de repente, Rubén gritó:

—¡Aquí están!

Las había encontrado, estaban colgadas en el manillar de su bicicleta roja y todos suspiraron aliviados.

Al fin las grandes puertas de la nave se abrieron. Lo que allí iba a suceder era algo inaudito, inesperado y tan sorprendente que dejaría a cualquiera boquiabierto.





—¡Adelante, R3! —dijo René actuando como maestra de ceremonia.

Fue entonces cuando apareció un enorme robot elaborado con latas vacías de refrescos que habían sido recogidas de la basura. La propia Marta lo pilotaba desde su asiento ubicado en la cabeza de R3.

Antes de ponerse en marcha, antes de dar el primer paso, Marta lanzó su grito de guerra.

—¡Vamos a salvar Urbaclín!

—¡Síííí, vamos a salvar Urbaclín! —respondieron todos a la vez.

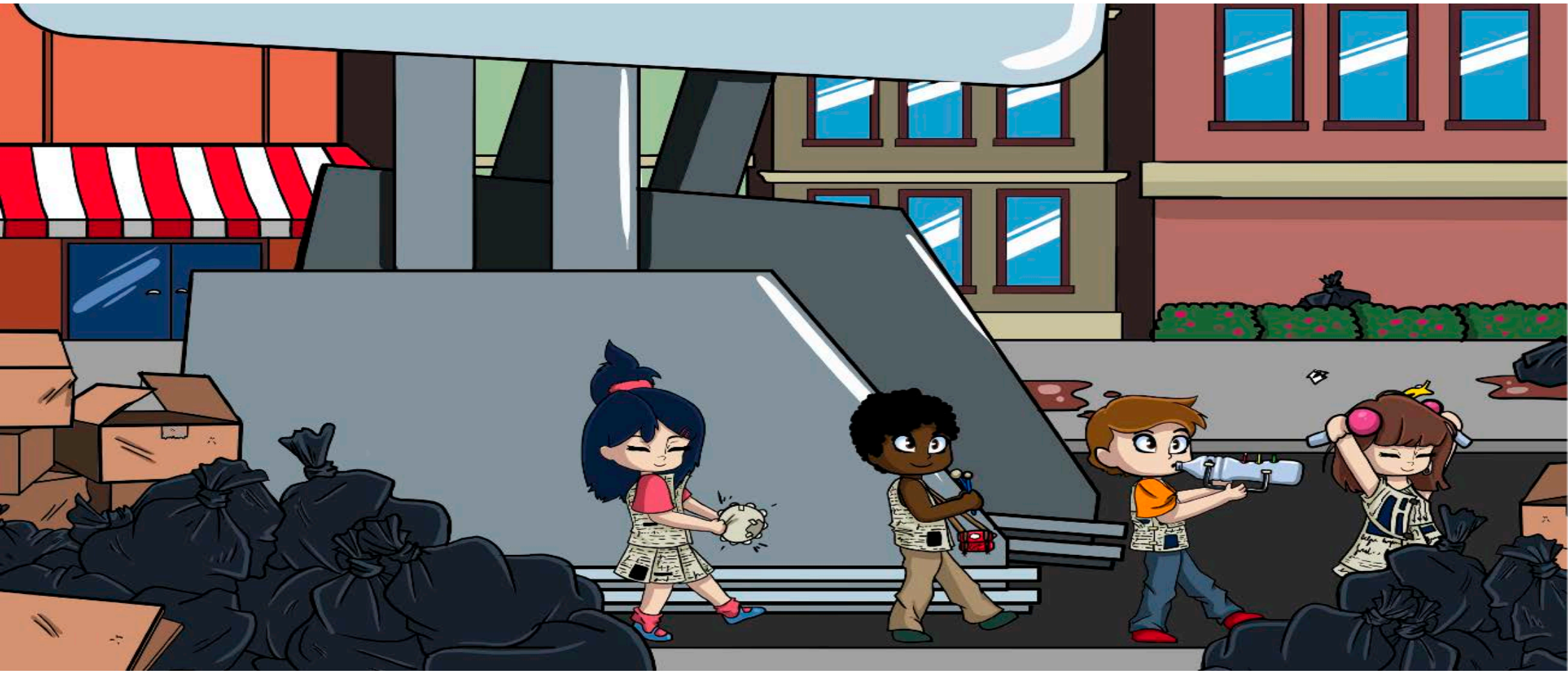
R3 era tan colosal como una torre invencible, sólo uno de sus pies era más grande que varias casas juntas. En la nave había permanecido agachado, y para salir se vio obligado a derribar varias paredes.

R3 comenzó a caminar, Celia y los demás niños lo acompañaban como si de un gran desfile de carnaval se tratase.

La indumentaria de los niños la habían elaborado ellos mismos, también con material reciclado. Lucían originales vestidos hechos con papel de periódico y vistosos pendientes fabricados con anillas de latas de refresco; tocaban instrumentos musicales como tambores realizados con latas, pandeetas y cascabeles con platillos, maracas con latas y botellas de plástico, xilófonos con botellitas de vidrio.

El griterío que formaban puso en pie a toda la ciudad. Parecía la gran fiesta del reciclaje.

Los mayores miraban perplejos desde las aceras, que retumbaban a cada paso de R3.



La bulliciosa comitiva avanzaba por las grandes avenidas camino de un antiguo vertedero donde los niños sabían que se escondía el monstruo de la basura.

Una inmensa mole negra y pestilente comenzó a moverse.

El estruendoso caminar de R3 lo había alertado, y cuando vio aparecer aquel gentío que se dirigía hacia él, proyectó sus ojos brillantes y amenazadores hacia aquel singular ejército y comenzó a arrojar basura como si de proyectiles se tratase.

Los niños, que estaban preparados para aquella violenta reacción, esquivaron sus ataques y no se achantaron lo más mínimo. En cambio, sucedió algo increíble, todo lo contrario a lo que hubieseis imaginado. A medida que los niños y R3 se aproximaban, el monstruo de la basura comenzó a temblar y a temblar de una forma tan evidente que todos se percataron de su reacción.

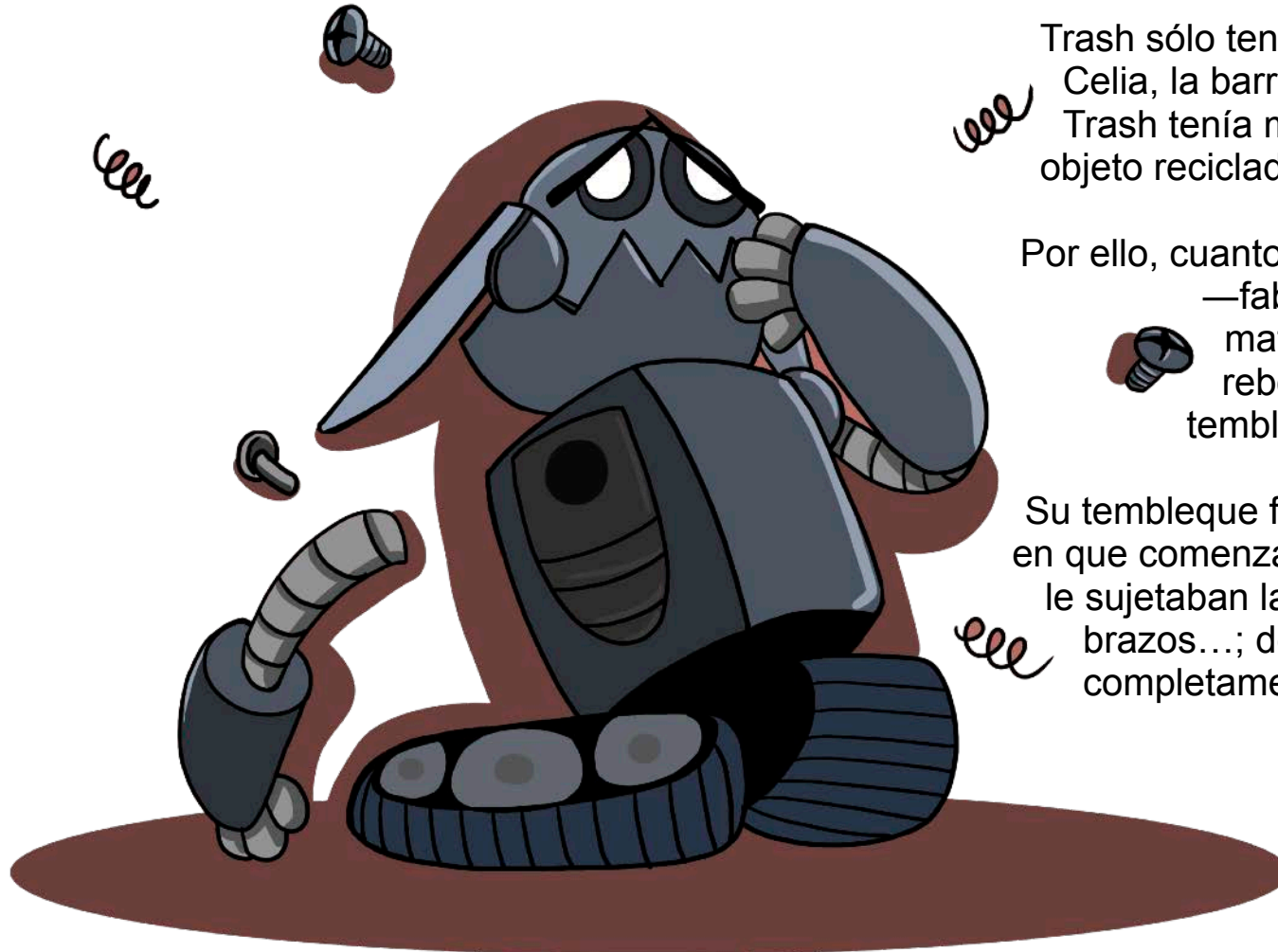


—¿Qué le ocurre? —se preguntaban extrañados.

—Habrá sufrido un cortocircuito —se burlaban unos.

—O una intoxicación —decían otros—, ja, ja.

Lo cierto es que los niños no llevaban armas, ni el robot misiles, pero sabían que portaban algo mucho más mortífero para él.



Trash sólo tenía un punto débil, ése que Celia, la barrendera, había descubierto.

Trash tenía miedo, fobia, pánico a cualquier objeto reciclado.

Por ello, cuanto más se aproximaban a él R3 —fabricado únicamente con

material reciclado— y los niños rebozados en reciclaje, más y más temblaba.

Su tembleque fue en aumento hasta el punto en que comenzaron a aflojarse los tornillos que le sujetaban las manos, los pies, los brazos...; de repente, cayó al suelo completamente desbaratado.

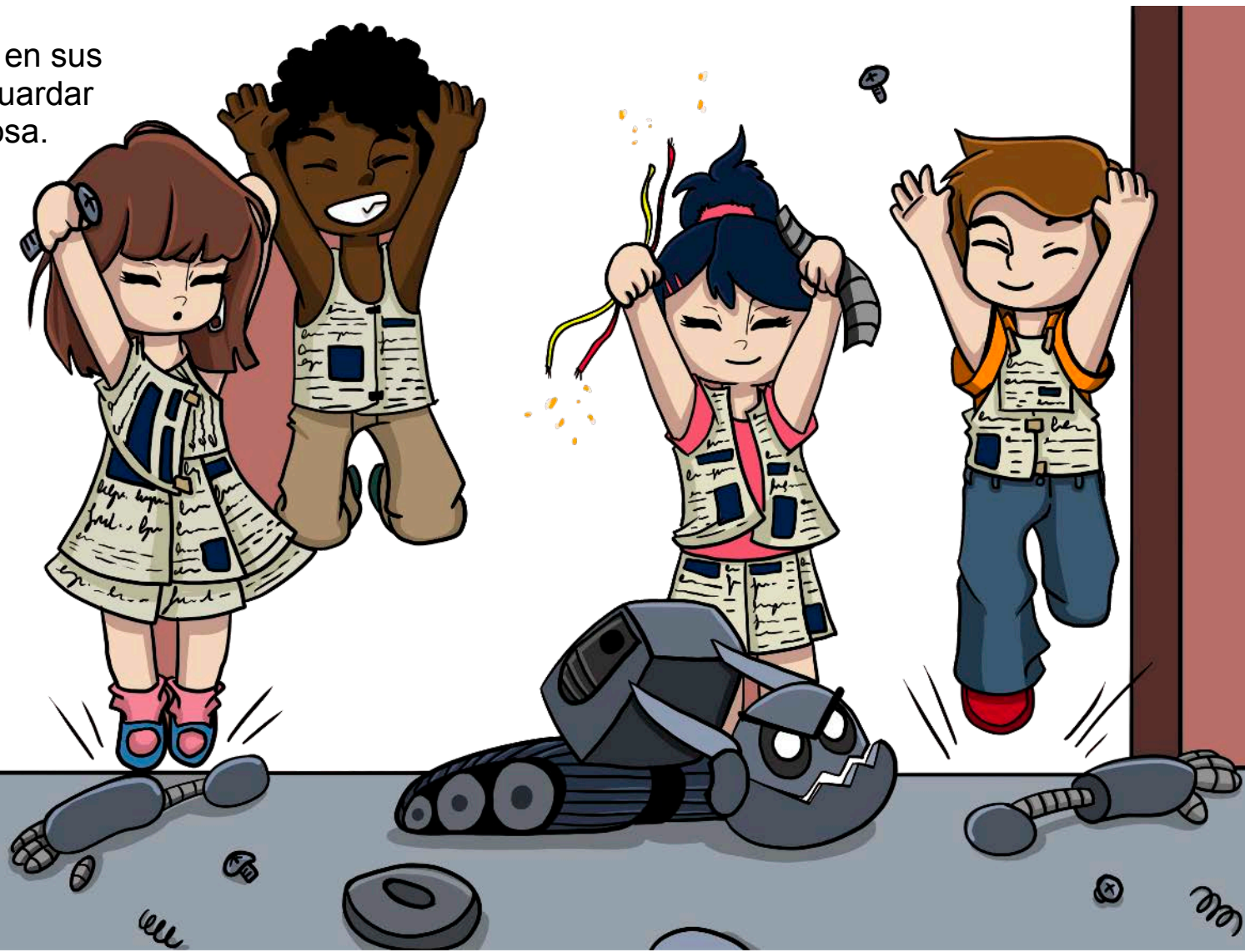
Los niños se sintieron vencedores y comenzaron a gritar entusiasmados.

—¡Viva, viva, lo hemos conseguido!

—Ahora sí —dijo Marta satisfecha—, y todo gracias a Celia —añadió mirando especialmente a Rubén, quien había aprendido la lección de no juzgar a nadie sin conocerlo, y en ese caso únicamente por su profesión.

Rubén corrió hacia Celia y la subió en sus hombros. Ella, que apenas podía guardar el equilibrio, alzó los brazos victoriosa.

El terrible Trash ya sólo era un montón de chatarra que por supuesto reciclarían, transformándola en otros objetos.



Y aún quedaba lo más importante: en el mismo instante en que los ojos rojos y brillantes de Trash se apagaron, desde el otro lado de la colina comenzaron a aparecer los barrenderos de la ciudad con sus monos verdes y los trabajadores de las plantas de reciclaje.

Inmediatamente fueron ocupando sus puestos, y con el paso de los días los barrenderos fueron dejando de nuevo las calles tan limpias como antes. También los trabajadores de las plantas de reciclaje retomaron su tarea y permitieron que las calefacciones volvieran a funcionar. Al ir retirando poco a poco las basuras acumuladas con el paso de los días, los autobuses y los coches pudieron volver a circular por la ciudad. El aire se volvió más respirable y las ratas tuvieron que hacer las maletas y marcharse a otro lugar.

La ciudad organizó una gran fiesta para celebrarlo en la que hubo música, golosinas y cientos de atracciones.





Ahora Urbaclín era una ciudad mejor que antes. Porque gracias al esfuerzo del comando antiTrash, sus habitantes ya no generaban tantos residuos, reciclaban bien en los contenedores y reutilizaban los objetos que ya no necesitaban en otros que sí les servían.

En definitiva, porque los ciudadanos ahora ayudaban y colaboraban todos juntos.

FIN



Puedes descargar este libro gratuitamente
en weeblebooks.com o
en la App WeebleBooks



<https://weeblebooks.com>

Con el patrocinio de:

